



## Introducción

Hugo Aznar, Elvira Alonso Romero y Manuel Menéndez  
Alzamora

TIEMPOS DE CAMBIOS, TIEMPOS DE MASAS

Las palabras con las que José Ortega y Gasset arranca *La Rebelión de las masas* diseñan el escenario de crisis que late en el seno de una Europa que, a la altura de los años veinte del siglo XX, se siente incapaz de asimilar la transformación que ha supuesto el protagonismo de un inesperado sujeto social y político. Un nuevo protagonista que de manera genérica se designó entonces como *las masas*:

Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, *Obras Completas*, Madrid, Taurus, 2005, vol. IV, p. 375. Salvo esta, las únicas referencias bibliográficas en estas páginas iniciales son a trabajos previos del equipo, en cuya trayectoria investigadora se inscribe este que ahora presentamos, dedicado a Ortega. Por ello usamos tan solo



El fundamento transformador de la Europa del siglo anterior había sido la irrupción de la industrialización como eje de profundo cambio económico, social, cultural y político. El viejo taller doméstico, propio de un modo de vida artesanal y predominantemente local, es desplazado por la fábrica industrial que, conforme se acentúa el desarrollo tecnológico y productivo, se va haciendo cada vez más colosal, con su ruido infernal, sus naves enormes, sus altas y humeantes chimeneas y su entorno propio, a menudo degradado, de barrios obreros surgidos de la nada. La villa de los artesanos se transforma en la ciudad fabril, con sus horarios estandarizados de entrada y salida de los trabajadores, también homogeneizados, convertidos en una masa única, por su indumentaria, su suciedad compartida y su mirada perdida de cansancio. Este obrero industrial *masificado* cobrará un singular protagonismo en las nuevas concentraciones urbanas industriales desde mediados del XIX. Y no tardará en despertar el interés de los observadores sociales, los padres de la nueva ciencia de la sociedad, la sociología, estrechamente unida a la aparición de estas multitudes. Unas multitudes cuyas crecientes movilizaciones en reivindicación de mejores condiciones laborales y sociales, y de un reparto más equitativo de las plusvalías de la sociedad industrial serán también objeto de atención de pensadores y divulgadores políticos, que verán en ellos una grave amenaza para la sociedad; similar a la que en su día —como se hará cada vez más común escuchar, especialmente a partir de la Revolución rusa— supusieron las hordas bárbaras que, viniendo del este, acabaron con la civilización romana.

Pero incluso estas ciudades industriales, ya de por sí una novedad del siglo, se quedan pequeñas ante la emergencia a finales de siglo de las grandes metrópolis. Las calles de estas megaciudades, con crecimientos demográficos sin precedentes, parecerán tomadas igualmente por este nuevo sujeto, signo, como ningún otro, de los nuevos tiempos: las muchedumbres.<sup>2</sup> Las aglomeraciones de estas muchedumbres

---

aquí el modelo de referencia a pie de página. Para la bibliografía más completa habrá que acudir al final de cada capítulo particular.

<sup>2</sup> Al análisis de diversos aspectos de la evolución y el tránsito histórico de la ciudad antigua a la metrópolis contemporánea dedicamos nuestra obra colectiva, Manuel Menéndez Alzamora y Hugo Aznar (eds.): *De la polis a la metrópolis. Ciudad y espacio político*, Madrid, Abada, 2015.

en las plazas y avenidas trazadas por el expansivo urbanismo lineal, en las estaciones y paradas de los medios de transporte, o ante los luminosos y atrayentes escaparates de los primeros grandes almacenes contemporáneos, parecerán difuminar las antiguas diferencias —y barreras— de procedencia, de clase y hasta de género. Las particularidades locales, culturales y sociales del mundo antiguo, el reparto tradicional de funciones, tareas, espacios, indumentarias, conductas y opiniones, que tanto contribuían a conformar la identidad de los individuos, se difuminan ahora en el seno de estas muchedumbres que —como en el iniciático relato de Poe— circulan como ríos en los que los individuos se sienten subsumidos y arrastrados, perdiendo su personalidad e identidad particulares. Este nuevo sujeto parece tan dotado de unidad e identidad propios que pronto otra ciencia emergente de este tiempo, la psicología, empezará a especular sobre sus fuerzas psicológicas, al parecer capaces de reducir a la nada la voluntad individual. El mundo emergente resulta así cada vez más el de las masas, obreras o urbanas, y los individuos parecen desdibujarse en sus impulsos y reacciones, asumiendo una personalidad común y por ello cada vez más predominante, la del individuo-masa.

A estas concentraciones físicas, presenciales, favorecidas por los espacios industriales y metropolitanos compartidos —de las que aún cabía encontrar algún antecedente en efemérides singulares del pasado, como batallas, festivales, coronaciones, revueltas, etc., poco frecuentes en todo caso—, se suman además otras *concentraciones* de nuevo signo. Estas otras *concentraciones* sí carecen de cualquier precedente histórico y resultan por tanto una novedad más inquietante aún. Se trata de *multitudes sin un lugar*, conformadas a través de los medios de comunicación y la propaganda. Potencialmente más multitudinarias al trascender el espacio físico; y más efectivas al poder, aparentemente, ser guiadas e instrumentalizadas con mayor eficacia. El traslado de las técnicas industriales de producción a las noticias y la propaganda constituye otra de las grandes transformaciones del cambio de siglo; primero, con la prensa masiva, con tiradas que llegan pronto a millonarias, y luego con el cine y la radio; sin olvidar las primeras campañas propagandísticas masivas de la historia, tanto comerciales como bélicas.

Este entorno de la comunicación y la propaganda masivas hará que se replanteen los fundamentos de la opinión pública liberal y del público ilustrado, que en apenas unas décadas parecerán disolverse como castillos de arena ilusorios, producto de ideales filosóficos desfasados o poco realistas.<sup>3</sup> A la vez que el periodismo y la propaganda emergen como poderosos instrumentos del siglo que comienza, se plantea el reto inevitable de reflexionar sobre una opinión pública y una comunicación masivas —y sobre sus efectos políticos— que tienen poco que ver con las ideas aceptadas hasta ayer mismo.

Pero si todos estos cambios son ya de por sí dramáticos, el momento cenital de esta nueva coyuntura histórica se habrá de sufrir de manera trágica con el despuntar del siglo. El mundo de los antiguos imperios aún supervivientes y el de los estados nacidos con la Modernidad y sus revoluciones liberales va a sufrir el embate sin precedente de un *jinete del apocalipsis* —tomando la célebre referencia de nuestro novelista Blasco Ibáñez— igualmente transformado, el de la guerra moderna: también *industrializada*, masiva y... aniquiladora. La Gran Guerra adviene con el siglo que se inicia: un conflicto imprevisto que sin embargo alcanzará cotas de destrucción y muerte nunca antes vistas.

Con la Gran Guerra se dejan atrás los parámetros de los viejos conflictos armados. Se trata ahora de una guerra donde los soldados individuales se transforman en las cifras anónimas de las avalanchas humanas reclutadas y lanzadas una y otra vez contra las nuevas tecnologías de aniquilación masiva. La expresión de la muerte individual se transforma en la conciencia de la muerte colectiva: la guerra también se ha convertido en una guerra de masas, otro fruto inesperado de la sociedad industrial. Con sus millones de muertes y las esperanzas cercenadas de toda una generación, verá emerger de sus trincheras las primeras voces del pacifismo e internacionalismo contemporáneos, tanto europeos como mundiales; pero su efecto más inmediato será disolver los ecos del añejo optimismo ilustrado y del más próximo

---

<sup>3</sup> Estos fenómenos, contrapuestos al debate actual que se ha reabierto sobre estas cuestiones con motivo de la aparición de las nuevas tecnologías de la comunicación, fueron abordados en nuestra obra colectiva, Hugo Aznar y Jordi Pérez Llavador (eds.): *De la democracia de masas a la democracia deliberativa*, Barcelona, Ariel, 2014.

optimismo positivista, dejando en su lugar un profundo poso de incertidumbre, cuando no de desolación o, por el contrario, de celebración nihilistas.

Todavía en la periferia de este mundo y de sus novedades, España irá viviendo cada vez más intensamente la sucesiva llegada de estas ondas de transformaciones históricas. Unas transformaciones que se vienen a sumar al triste despertar de su particular sueño de grandeza —grandeza, claro, a la manera de los molinos de D. Quijote—, de añejos réditos imperiales y sempiterno inmovilismo tradicionalista. La sacudida del 98 lleva a una generación de intelectuales a replantearse las señas de identidad españolas en busca de respuesta para este despertar traumático. Y a esta necesidad interna de respuesta se suman pronto las convulsiones de los nuevos tiempos, de manera que otra nueva generación busca su razón de ser en la necesidad de enfrentar los nuevos retos mundiales del presente, precisamente también como una forma de responder a nuestro propio atraso secular. De este modo España tendrá que hacer un esfuerzo particularmente exigente y condensado de confrontar a la vez tanto los pesados réditos de su propio desfase histórico de la Modernidad como los retos de las transformaciones actuales de los nuevos tiempos. Fruto y motor de este esfuerzo, España verá surgir en su suelo las tres o cuatro generaciones más brillantes de personalidades intelectuales, artísticas, científicas, emprendedoras, etc. que había conocido desde su ya muy lejana Edad de Oro.

La confluencia del reto conjunto de estas circunstancias históricas y presentes hará que las aportaciones de esta Edad de Plata española, tanto de sus integrantes tomados aisladamente como sobre todo del conjunto de todos ellos y de sus interrelaciones, marquen un antes y un después en nuestra historia del que todavía cabe aprender. Precisamente las tensiones derivadas de confrontar tanto los retos internos de nuestro pasado como también el impacto sobrevenido de los cambios del presente, que encontrarían en España terreno abonado para medir sus fuerzas, acabarán cercenando unos años después las esperanzas de ajustar por fin nuestro país a la altura de los tiempos. Prácticamente casi todos los protagonistas excepcionales de estas décadas acabarán así, apenas unos años después, anulados, asesinados o exiliados de la tierra que habían soñado cambiar.